II

NIÑEZ Y JUVENTUD

Carlos Juan Finlay y Barrés nació en la ciudad de Puerto Príncipe, el día 3 de Diciembre de 1833, ⁽¹⁾ y fué bautizado en la Iglesia Parroquial Mayor de aquella ciudad, el día 2 de Enero de 1834. Ese 3 de Diciembre que se honra cada año en Cuba como el **Día del Médico** y el **Día** de la Medicina Americana ⁽²⁾ es de alta significación en los anales de nuestra Historia y también en la Historia del Mundo, porque ese día nació el sabio que habría de darle vigoroso impulso a la medicina con su descubrimiento y salvar muchas vidas humanas, al par que le abría canales de expansión y progreso a la economía americana.

Su padre Eduardo Finlay, aunque nacido en Hull, Inglaterra, cursó sus estudios de medicina en Francia, en la ciudad de Rouen, siendo uno de los alumnos del Profesor Flaubert en el Hotel Dieu, donde se le otorgó el título de "Officier de Santé". En Puerto España, Isla de Trinidad, fué autorizado para ejercer la medicina previo examen demostrativo de su capacidad ante una Junta Médica que designaron las autoridades de Port of Spain. Allí realizó importantes operaciones quirúrgicas de cataratas por el método "depression".

En Cuba, al instalarse en la ciudad de Puerto Príncipe, tuvo necesidad de presentarse ante el Tribunal del Protomedicato de La Habana, quien le otorgó el título de Cirujano Latino en el mes de Octubre de 1832. Después, en la ciudad de La Habana, se matricula en la Universidad, para obtener el título de Licenciado en Medicina y Cirugía, que le faculta para el ejercicio de la profesión sin limitación alguna, la que ejerce como un verdadero sacerdocio y por la que tiene un extraordinario amor. Aliviar el dolor. Combatir la enfermedad y la muerte. Mitigar las angustias físicas y morales. Investigar, investigar siempre.

Ya con dos hijos, la vida de médico en la ciudad de Puerto Príncipe, encontraba poco campo para las actividades de este inglés que ansiaba preparar debidamente su prole y que siempre soñaba con el futuro de los hijos, ambicionando para ellos lo mejor. En esa situación proyectó su traslado a la capital, aunque lo asaltaban temores extraordinarios sobre el estado higiénico de la misma, que dejaba mucho que desear, especialmente por el riesgo de contagio de las enfermedades que azotaban la

población; pero fué el doctor Belot quien le decide a abandonar Puerto Príncipe y marchar a La Habana, pues este médico tenía que realizar un viaje al extranjero y quería confiarle la atención de su toda su clientela y la dirección del hospital que tenía a su cargo.

Pero en La Habana, Eduardo Finlay teme a la ciudad y se instala en el cafetal “Buena Esperanza”, ubicado en el barrio de Guanímar, pueblo de Alquizar, donde tenía a los niños en contacto con la naturaleza, con los aires puros y benéficos de la campiña y la protección sanitaria de los rayos del sol.

Vivía con la familia una hermana de Eduardo —Miss Anne Finlay— que había sido maestra en Edimburgo y quien se dedicó a la educación de los muchachos.

La educación de sus dos hijos —Eduardo y Carlos Juan—, eran una de las grandes preocupaciones de los esposos Finlay-Barrés, sin que dejara de participar en esas discusiones Anne Finlay, maestra y directora espiritual de los niños, a quienes quería entrañablemente, como propios hijos. La voz de la hermana mayor de Eduardo Finlay se dejaba oír en estas discusiones. Educación inglesa, francesa y alemana era el tema de estos debates donde se trataba sobre el porvenir de los dos hijos de Eduardo Finlay.

El futuro de los muchachos tenía un tanto preocupado al padre sajón, ya que no confiaba en la instrucción que pudieran recibir en Cuba. Como buen inglés ambicionaba para su prole una educación europea. Allí tenían que acudir para formarse una sólida cultura, obtener una profesión universitaria. Pero, a pesar de ser inglés de nacimiento, no pensaba en Londres para remitir a sus hijos sino en París, la **ciudad luz**, donde estimaba que estaban los centros de enseñanza que más posibilidades ofrecían.

Así trataba de encaminar a sus dos hijos sin desviarles sus vocaciones, pero anhelando vivamente que uno de ellos fuera médico, médico como él, para que continuara la tradición de la familia.

Y al fin se decidió el viaje. En el año 1845 fueron embarcados en una nave velera los dos vástagos de Eduardo Finlay rumbo a Europa, para iniciar su formación educacional, de acuerdo con los deseos paternos de que fuera Francia la que templara sus almas, moldeara sus mentes y les otorgara los amplios conocimientos que albergaban sus centros docentes y el medio cultural del “cerebro del mundo”.

Los dos jóvenes tuvieron que retornar a la patria, después de un año más o menos en El Havre. Un fuerte ataque de corea,

que perturbó intensamente a Carlos Juan produciéndole un grave trastorno en la articulación y un retardo en la pronunciación, con cierta tartamudez, lo hicieron resguardarse en los brazos amorozos de sus padres hasta el total restablecimiento del mal.

Entre tanto la clientela del doctor Eduardo Finlay creció en alas de su buena reputación clínica... Aunque ejercía la medicina en general, se inclinaba hacia la Oftalmología, especialidad que practicó en la Isla de Trinidad y en Puerto Príncipe. En La Habana, con más campo para desarrollar sus conocimientos, atendía un gran número de enfermos de los ojos.

El Dr. Eduardo Finlay practicaba la especialidad con notable éxito. Inclusive, los propios médicos cada vez que se les presentaban casos difíciles en relación con enfermedades de los ojos, acudían inmediatamente al doctor Eduardo Finlay, en quien reconocían una autoridad en la materia.⁽³⁾ Tanto es así, que el doctor Aristides A. Molí afirmó: Uno de los pioneros de la moderna oftalmología fué Eduardo Finlay, padre del gran Finlay.”⁽⁴⁾

En La Habana adquirió no sólo prestigios científicos y relaciones sociales, sino también vió sus caudales económicos crecer ampliamente. Ello fué la causa de que se proyectase un viaje a Europa. El doctor Eduardo Finlay tenía deseos de contemplar de nuevo las costas de Bretaña. Su esposa Eliza de Barrés, su amada tierra francesa. Y tomando como base la necesidad de que los muchachos continuaran sus estudios, toda la familia inicia su viaje a Europa en el año 1848, con el propósito de dirigirse a El Havre, después a París, pero una vez más interviene el destino y traza otros rumbos: en esos momentos surgen graves convulsiones políticas en Francia al establecerse la Segunda República. La agitación revolucionaria francesa alarmó extraordinariamente al viejo aventurero y frustado combatiente de la Legión Británica” de Bolívar. Temió por sus hijos, punto básico de su existencia, en los que tenía concentrada toda su aspiración, y desiste de visitar Francia para instalarse en Inglaterra. Recorrer el viejo Londres, los museos, las bibliotecas, los parques, los paseos y mostrar orgulloso a sus hijos los lugares históricos de su patria, recordándoles los grandes hechos... las muchas veces secular tradición británica.

Eduardo Finlay pudo observar, como buen clínico, la preferencia extraordinaria de su hijo Carlos Juan por visitar los museos, como se interesaba en los monumentos históricos, cómo indagaba y cómo pedía constantes aclaraciones cuando no entendía bien un asunto o no encontraba la razón del mismo.

Este viaje a Europa, decía Finlay su esposa, no era de paseo, se trataba de la educación de los muchachos, y como las

cosas seguían un tanto agitadas en Francia, decidieron enviarlos a Maguncia (Alemania), para que aprovecharan el tiempo adquiriendo los conocimientos previos necesarios a su instrucción y al mismo tiempo aprendieran el idioma alemán.

De su estancia en el colegio de Maguncia, Carlos Juan Finlay recuerda anécdotas interesantes, entre ellas los ejercicios físicos a que eran sometidos los alumnos del plantel que utilizando la ubicación de la escuela sobre el río Rhin, se ofrecían lecciones de natación a los estudiantes.

“Los alumnos —relataba— eran conducidos en una balsa hasta el medio del río, se les amarraba una cuerda alrededor de la cintura y eran lanzados al agua para que batallasen por sí solos, resultando de semejante entrenamiento para todos los alumnos, la adquisición de un saludable dominio de la natación, que me convirtió por toda la vida en un apasionado de tan recio como tonificante ejercicio.”⁽⁵⁾

He ahí un símbolo del sistema educacional teutón: el hombre en formación tiene que luchar con el medio con sus propias fuerzas y desarrollarlas al máximun posible. El mayor vigor físico y mental, y la mejor aptitud, lo capacitarán ampliamente para la lucha por la vida.

El Conde de Keyserling, en su ensayo **Europa, análisis espectral de un Continente**, descompone analíticamente los pueblos y las razas europeas, para buscar sus elementos constitutivos y diferenciales, tal como se descompone el rayo de luz al través del prisma espectral. Así ve que el latino tiene el don de la intuición milagrosa, como el germen potencial de los conocimientos, capaz de desarrollarse a poco que se le cultive y progrese; que el francés añade a la intuición latina el **sprit**, la gracia de un rango superior y delicado en la escala intuitiva. Observa también que el teutón, por el contrario, carece de toda forma intuitiva, por eso su formación cultural ha de ser levantada gradualmente, sistemáticamente, tesoneramente, paso a paso, desde su base; nada puede fiar a lo imaginativo, a la fantasía creadora.

Keyserling se complace en entrever, para un día remoto, la síntesis de un tipo humano pan-europeo que participe de la perfecta estructura animal del sueco: del maravilloso sentido adivinatorio de la intuición latina, de la gracia francesa, del tesón y la firmeza teutona, siempre en marcha; de la austeridad y dignidad de los ingleses, orgullosos de sus fueros y rasgos como individuo y como nación.

Si aplicamos este ideal de síntesis humana a Carlos J. Finlay, vemos que lleva en su sangre esta condición inglesa y aquella intuición latina, sublimada con la sangre francesa de su madre; vemos que su formación educacional adquiere la base teu-

tona en el masivo proceso de la investigación y el estudio, para después darle vuelos en la patria de Pasteur Pero su nacimiento y su infancia, donde alentó el primer soplo de vida, donde fueron incorporando los primeros sentimientos y los más dulces recuerdos y donde adquirió la lengua española fué aquí, en Cuba. Su prodigioso sol tropical alumbró a esta predestinada criatura, y a su influjo bienhechor fué creciendo y formándose el que había de ser glorioso cubano. Aquí radicaba su hogar, aquí ejercía su luminosa profesión, en Cuba amó y nacieron sus hijos, aquí investigó el científico, aquí dió al mundo su descubrimiento y aquí murió. Para Cuba es toda su gloria: para la humanidad son todos los beneficios de sus proezas médicas, en justa reciprocidad también, de aquella formación cultural latina, sajona y teutona, como en el utópico arquetipo humano de Keyserling.

Poco tiempo después, calmada la agitación política francesa, la familia Finlay-Barrés realiza su plan inicial y preferido de llevar a Francia a sus hijos, para que al menos uno de ellos reciba la misma educación que el padre. Y es el segundo, Carlos Juan, el que ingresa en el Liceo de Rouen, donde deja demostradas sus extraordinarias condiciones captadoras y de asimilación para las distintas materias, tanto en ciencia como en letras.

Eduardo Finlay y su mujer regresaron de nuevo a Cuba, dejando en Francia a su hijo Carlos Juan, a fin de que cursara todos los estudios preparatorios y profesionales. Pero, por el año 1851, el joven estudiante cubano sufre un grave ataque de fiebre tifoidea y tan pronto rebasa el mal retorna a la patria para pasar la convalecencia al cuidado de sus padres. Por esta época el estado de abandono sanitario de la ciudad de La Habana, siempre azotada por las enfermedades, constituía un verdadero peligro para la salud de sus habitantes, lo que determinó a la familia a prodigar los mayores cuidados a Carlos Juan.

Restablecido totalmente y habiendo terminado los estudios superiores en Francia, dominando perfectamente además de su propio idioma, el inglés, el francés y el alemán, había que ir pensando en la carrera que emprendería. Era Carlos Juan Finlay un gran amante de la literatura y a la vez un estudioso y preocupado de las ciencias.

Su padre, Eduardo Finlay, quería que fuera médico, mas el hijo jamás había expresado inclinación precisa que indicara la trayectoria de su vida futura. Aunque se sospechaba que continuaría la tradición de su padre no hacía manifestación vocacional, le gustaban mucho las ciencias, pero también las letras.

N O T A S

- 1 El nacimiento del doctor Carlos J. Finlay, es motivo de ciertas dudas ocasionadas por algunos documentos que se conservan en el Archivo Nacional donde el propio Finlay, de su puño y letra declara en es-

crito que dirigió al Rector de la Universidad de La Habana, al solicitar la reválida de su título de médico, que era natural de la Isla de Trinidad de Barlovento. Su ascendencia inglesa, así como su gran cariño por la patria de su padre, que jamás negó, su ciudadanía inglesa que mantuvo durante toda la época colonial, han motivado distintas afirmaciones en este sentido, pero en aras de la verdad histórica, sin apasionamiento patriótico absurdo en estos trabajos que deben reflejar la verdad— después de todas las investigaciones practicadas llegamos a la conclusión de que el Dr. Carlos J. Finlay, nació en la ciudad de Puerto Príncipe, como consta en la certificación del bautismo expedida por la Iglesia Parroquial de Camagüey. Pero analicemos este asunto —que queremos dejar diafanizado— y observemos que el Dr. Eduardo Finlay viene a Cuba, procedente de la Isla de Trinidad en el año 1831, con su primogénito Eduardo, que nació en la Isla de Trinidad y no regresa a la citada posesión inglesa, sino que permanece en la ciudad de Puerto Príncipe, ejerciendo la medicina y en Octubre de 1832, un año antes de nacer su segundo hijo, nombrado Carlos Juan, se presenta ante el Tribunal del Protomedicato de La Habana, para obtener el título de Cirujano Latino. Y Carlos Juan Finlay, nace el 3 de Diciembre de 1833 y es bautizado en la Iglesia Parroquial Mayor de aquella ciudad el 2 de Enero de 1834. El hecho que el propio Carlos Juan Finlay en documentos dirigidos al Rectorado de la Universidad de la Habana en relación con la reválida del título de médico, haya declarado que nació en la Isla de Trinidad, no es causal para creer que sea así, ya que su inscripción oficial prueba lo contrario y en aquella época a los nativos que estudiaban fuera de Cuba, encontraban obstáculos en la tramitación académica de la reválida de sus títulos. Hay también que significar que en otros escritos que se conservan en el Archivo Nacional se podrá observar, que Carlos Juan Finlay, se dirigió también a la Universidad, acompañando los certificados de nacimiento de sus hijos Carlos, Jorge y Francisco, y en los mismos se hace constar que Carlos Juan Finlay Barrés, nació en la ciudad de Puerto Príncipe. Además la prueba oficial, que en aquella época se usaba como inscripción de nacimiento, era la certificación del bautismo expedida por la iglesia.

El doctor Jorge Le Roy, amigo íntimo de Finlay, uno de los médicos cubanos que más han laborado por la divulgación de la obra y el mantenimiento de la gloria del gran sabio cubano y que glosó todos los trabajos de Finlay, que mantuvo mientras vivió el culto finlayista, entre sus papeles, después de muerto, se encontró por el Sr. Luis Planes, una nota de su puño y letra trazada en una hoja de su recetario, que dice así: “Yo vi el bautismo del Dr. Finlay en el Obispado nació 3 de Dicbre. 1833 en Pto. Ppe. y, fué bautizado en Febrero de 1834. Casado en Oct. 1865 en Monserrate. Carlos Finlay y Barrés.”

Como se observará es una nota tomada por el propio Dr. Le Roy en el Obispado de Camagüey y la conservaba seguramente para alguno de los muchos trabajos que hacía sobre Finlay.

El Dr. Francisco Martínez de la Cruz, en su trabajo Finlay inmortal, afirmó:

“Se prueba sin duda alguna que Finlay naciera en Camagüey por el hecho cierto de documentos probatorios de que durante tres años consecutivos su padre, o sea, el Dr. Eduardo Finlay, ejerció su profesión de médico en nuestra ciudad, desde 1831 a mediados, hasta finales de 1834”.

“Existe un anuncio publicado en la **Gaceta de Puerto Príncipe**” correspondiente al miércoles 13 de febrero de 1833, página cuatro, columna uno, cuyo anuncio dice así: Don Eduardo Finlay, profesor en

Medicina y Cirugía y Arte de Obstetricia, avisa al público haber trasladado su habitación a la casa No. 2,214, calle del Cristo, al lado de la que habitó el señor Oidor Don Ildefonso José de Medina, a la que pueden concurrir los que gusten ocuparlo.

“Este documento prueba que en 13 de Febrero de 1833, o sea alrededor de diez meses antes que naciera Carlos, su padre el Dr. Eduardo Finlay ya ejercía su profesión de médico en la ciudad de Camagüey. No es lógico pensar que abandonara nuestra Isla durante estos diez meses, y después volviera con su hijo Carlos para bautizarlo en nuestra Iglesia Parroquial Mayor en 2 de Enero de 1834 . Dr. Francisco Martínez de la Cruz. **Finlay inmortal**. Imprenta El Camagüeyano”, Camagüey, 1951.

También el investigador histórico Sr. Miguel Antonio Rivas Agüero, probando que Finlay nació en la ciudad de Camagüey, publicó un trabajo donde afirmaba lo siguiente: “Juan Carlos Finlay, el hijo de Eduardo y María Isabel de Barrés, nació en Camagüey y no en el barrio rural de Minas de este municipio, como algunos suponen, sino en la propia ciudad, en el propio corazón de la ciudad de Camagüey, a sólo una cuadra del parque Agramonte, en la primera cuadra de la calle del Cristo y en la casa No. 2,214”.

Después agrega el propio Rivas Agüero: “La llegada de la familia Finlay a Camagüey es posible determinarla con la pequeña diferencia de una semana según paso a demostrar: El Ayuntamiento de Puerto Príncipe celebraba sus sesiones ordinarias una vez a la semana, los viernes, y en cada sesión se daba curso a todos los asuntos presentados. Entre los tratados en el Cabildo celebrado el día 25 de Enero de 1833 se encuentra la toma de razón del título de Cirujano Latino presentado por el doctor Eduardo Finlay, requisito éste sin el cual no hubiera podido comenzar a ejercer su profesión en ningún lugar de la jurisdicción de Camagüey. Es decir, que si el viernes 17 de Enero de 1833 no se trató por el Ayuntamiento este asunto fué porque aún no había presentado, tratándolo el viernes 25 porque la presentación ocurrió en cualquier día comprendido entre el 17 y el 25. Tenemos, pues, que el Dr. Eduardo Finlay estaba ya en Camagüey digamos, para no correr ningún riesgo, el día 25 de Enero de 1833 y que este día el Ayuntamiento tomó razón de su título autorizándolo así a ejercer su profesión.”

También argumenta su tesis el propio Rivas Agüero afirmando que en la Gaceta de Puerto Príncipe de fecha 5 de Febrero de 1834, que se conserva en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País, página 4, columnas una y dos, se publica un anuncio que dice así: “El Licenciado en Medicina y Cirugía doctor Eduardo Finlay, avisa al público haber mudado su habitación a la calle de Santa Ana, casa frente a la del Licdo. D. José de la Cruz Castellanos, donde podrán concurrir las personas que deseen ocuparlo en su facultad.”

Y termina asegurando: “Queda fijado así, de manera indubitable, que nueve meses y veinte días antes, y dos meses y dos días después del nacimiento de Juan Carlos, sus padres residían en la casa No. 2214 de la Calle del Cristo.”

- ² **El Día del Médico**, fué creado por iniciativa del periodista Dr. Guillermo Martínez Márquez, director del periódico **El País** y el **Día de la Medicina Americana** por acuerdo del Congreso de la Asociación Médica Panamericana celebrado en Dallas, Texas, a virtud de una moción del médico doctor Horacio Abascal, Vice-Secretario de la Academia de Ciencias de La Habana.
- ³ Es de notar que la oftalmología fué especialidad que siguió el Dr. Eduardo Finlay y Wilson, su hijo el Dr. Carlos J. Finlay y Barrés y su nieto el Dr. Carlos Eduardo Finlay y Shine (N. de A.)
- ⁴ Moll, Aristides A., Aesculapius in Latin American.
- ⁵ Finlay, Carlos E., Carlos Finlay y la fiebre amarilla.